

## El pueblo maldito



En el otoño de 1992, la familia Andrews se trasladó a un pequeño pueblo llamado Oregón, en la Península de Olympic. El señor Andrews deseaba poder emprender una nueva vida allí, ya que en Nueva York no lo había conseguido. Venía acompañado de su esposa, la señora Andrews, y de sus dos hijos, Cameron y Alexandra. A estos, no les agradó el cambio; echaban de menos a sus amigos-aunque eran relativamente pocos-y sentían nostalgia del que había sido su hogar hasta ahora. Se mudaron a una casa de dos plantas, con garaje, desván y un pequeño jardín. Las vistas no eran del todo agradables; la casa estaba rodeada por tenebroso y siniestro cementerio. Por eso, la casa fue vendida y comprada por dos duros. El señor era un hombre de

principios y trabajador, por lo que encontró trabajo rápidamente y además, el sueldo era muy bueno. Opinaba que ese pueblo era lo mejor que le podía pasar; mientras que el resto de la familia opinaba todo lo opuesto.

La señora Andrews era ama de casa. A pesar de que estaba de acuerdo con su marido, añoraba las tardes en las que tomaba té con sus amistades adineradas, y cotilleaban sobre las novedades en el mundo del corazón, de la moda,... También le disgustó mudarse, pero se consolaba diciendo que encontraría amigas como las de Nueva York. Alexandra y Cameron eran los que menos de acuerdo estaban. Tenían 14 y 15 años, una edad problemática. No querían dejar Nueva York, porque esa palabra significaba “encajar” en otro lugar, y ese término no se encontraba en su diccionario.

Otro gran inconveniente era que la Península de Olympic era el lugar más lluvioso de los Estados Unidos, quiere decirse que el sol salía 4 días al año, y el resto el cielo permanecía siempre encapotado y oscuro.

A la semana de su llegada, el señor Andrews empezó a trabajar y los chicos a ir al instituto y, la señora Andrews, fue en busca de nuevas ricachonas de las que hacerse íntima amiga y confidente. Comenzaba la nueva rutina.

Después de la jornada escolar, Cameron informó:

-En el instituto me han dicho que la semana que viene se va a celebrar Halloween-anunció tímidamente-.

-La fiesta va a ser el sábado que viene-añadió Alexandra-.

-Y nos preguntábamos si...-dejó la frase inacabada-

...podríais ir-añadió el señor Andrews-.

Me parece estupendo. Si queréis podéis utilizar los disfraces del año pasado que están nuevos ¿no?

-Genial-respondió Alexandra alegremente-. Vosotros comprad los caramelos y los adornos.

-Yo me encargo de eso-intervino la señora Andrews por primera vez-.

Durante la semana anterior a la fiesta, la señora Andrews empezó a comprar y



colocar los adornos y los caramelos y los chicos, a preparar sus disfraces para Halloween. La gran ventaja era que los dos poseían una piel muy pálida y unos ojos extremadamente llamativos, de un tono grisáceo poco común, por lo que no necesitaban mucho maquillaje. La familia aprovechó que tenían el cementerio a su disposición para crear un espacio terrorífico.

El día anterior a la celebración, únicamente faltaban algunos detalles, que la señora Andrews se encargó de dejar listos para la fiesta. Pero faltaba algo.

-

-Oye Cameron, ¿y si nos inventamos una historia de miedo para contarla luego por la noche?

-Gran idea. ¿Qué te parece una de zombis vivientes que salen de las tumbas del cementerio a las 12 y matan al primero que ven?

-Sin palabras. Me tienes impresionada-le dio un codazo amistoso a su hermano-.

Llegó el gran día. Se dispusieron a vestirse con sus magníficos disfraces. Alexandra y Cameron se disfrazaron de vampiros. Ella llevaba un vestido negro, con un corsé y una falda de vuelo; en el cuello llevaba una cruz y había pintado sus ojos con lápiz negro.

Su hermano iba también de vampiro, pero optó por Drácula. Cuando los dos se disponían a marcharse a pedir caramelos, sus padres le comunicaron una noticia terrible: la vecina había muerto, por lo que

debían pasarse por el cementerio. Iban a enterrarla. Sus padres intentaron evitar que presenciaran la escena que estaban a punto de observar pero no lo consiguieron. Los dos vieron cómo yacía la señora Martín en el ataúd. Estaba pálida, como nunca antes habían visto a nadie, sin vida. Los escavadores, con un ritmo monótono, enterraron a la señora Martín bajo una losa que contenía encima el epitafio. Los familiares y amigos empezaron a acongojarse, despidiéndose de ella por última vez.



Al salir del cementerio, Alexandra percibió algo raro.

-Cameron, ¿te has dado cuenta que casi todas las tumbas están abiertas?

Se aproximó a las que tenían más próximas. Lo anunciado anteriormente por su hermana era cierto. Casi todas estaban abiertas menos la que tenían a su lado y alguna otra. La gente se fue retirando y quedaron ellos solos en el cementerio. El silencio reinaba en el cementerio. Agudizaron el oído y escucharon cómo la lápida que tenían a su lado se estaba abriendo. Una ola de pánico y terror les invadió y salieron corriendo de allí. No pararon hasta llegar a casa.

-¿Has visto eso?-preguntó Cameron entrecortadamente-. ¿Te das cuenta que es como si la historia que nos inventamos se hubiera hecho realidad?

-Por desgracia para nosotros, sí.

Empezaron a reírse de la situación y le restaron importancia. Se dirigieron



a recaudar caramelos a los vecinos del pueblo.

Cuando regresaban a su casa con un gran cargamento de caramelos, el reloj digital de Cameron sonó estrepitosamente. Anunciaba las 12 de la noche. No prestaron mucha atención, pero se encontraban en la puerta del cementerio. Demasiada coincidencia con la historia inventada. Un escalofrío les recorrió la espalda y, a partir de eso, todo sucedió muy rápido. Las losas que sellaban las tumbas, empezaron a resquebrajarse, se hicieron añicos. Gritaron de terror cuando se percataron que la difunta señora Martín salía de su tumba como un zombi, y no estaba sola.

-¡Corre!-gritó Cameron

Un ejército de zombis se aproximaba a ellos lánguidamente. Salieron corriendo con todas sus fuerzas, peor por desgracia, los zombis habían cubierto todas las salidas del pueblo. Estaban acorralados.

-¿Qué hacemos ahora?-preguntó Alexandra aterrorizada-

-No lo sé. Esto no debería estar pasando. No existen. No existen.

-Sí, y la persona que vimos en el cementerio es la gemela de la señora Martín ¿no?

-Vale, todo es real. Pero, ¿qué peligro corremos con los zombis?-escrutó la expresión de su hermana- ¿Qué ocurre?-preguntó. Estaba balbuceando algo, y tenía la mirada perdida- ¡Alexandra!

-Descúbrela por ti mismo-dijo señalando a un zombi matando a un niño y arrancándole un brazo-

Gritaron al unísono. El zombi se percató y fue tras ellos. Corrieron lo más rápido que pudieron. Después de un rato intentando despistar al zombi, lo consiguieron.

-Nos lo hemos quitado de encima-se alivió Cameron-

-Yo no estaría tan segura. Hemos acabado en el cementerio.

-Creo que ahora es el lugar más seguro de todo el pueblo.

Estaba desierto. No surcaba ningún alma viviente sus tumbas. Parecía más terrorífico que nunca: un mar de tumbas, de las que sus habitantes habían escapado, reclamando libertad. El camposanto era el escenario de una película de terror y Cameron y Alexandra sus protagonistas. El viento aullaba ruidosamente, moviendo las hojas de los pocos árboles que quedaban con vida, rozando cada una de las tumbas y produciéndoles escalofríos a Cameron y a su hermana. Repentinamente, una de las tumbas salió disparada por los aires y cayó a un lado. Un zombi enloquecido salió de ella y agarró a Alexandra por la pierna y llevó consigo al interior de su tumba.

Cameron intentó salvarla, pero el zombi más fuerte. Ella aullaba de terror pero, de repente, se silenció.

-Se acabó-sollozaba Cameron-

Para su sorpresa, Alexandra salió de la tumba aparentemente íntegra, pero convertida en zombi, sin vida. Se aproximó a Cameron y le tendió la mano.

-Cameron quédate conmigo. Va a acabar pronto y estaremos juntos para toda la eternidad.

Cameron, acobardado, midió sus palabras respondió:

-Tú ya no estás conmigo ni lo estarás nunca en esta vida. Estás muerta.



la  
era

y

**-Maravillosa elección-ronroneó Alexandra-. Acabaré contigo yo misma. Se abalanzó sobre él y le mordió, dividiendo su cuerpo en dos, acabando con su vida. Cameron gritaba y lloraba a la vez, de dolor y de cómo había acabado. Él no tuvo la oportunidad de su hermana. Esa noche tuvo lugar la masacre más sangrienta y despiadada de los últimos tiempos. Nadie quedó con vida. Las ilusiones que habían inclinado a la familia Andrews a mudarse a ese pueblo, se desvanecieron como una vela al consumirse. Los pueblos de los alrededores cuentan que quien se atreva a pisar Oregón, será asesinado por el ejército de zombis el día de Todos los Santos. Lo conocían como “el pueblo maldito”.**